

ECONOMÍAS EMERGENTES, DEMOCRACIAS DECRECIENTES

La relación entre democracia y crecimiento económico ha estado en el centro de las investigaciones de la ciencia política durante los últimos 50 años. Los datos empíricos de múltiples estudios han arrojado argumentos a favor y en contra de esa relación. Según los autores que defienden la conexión entre democracia y crecimiento económico, las empresas radicadas en países democráticos invierten más y sus empleados trabajan mejor que en las dictaduras; el motivo aducido es que la separación de poderes garantiza los derechos de propiedad y mantiene la certidumbre sobre los flujos futuros de las inversiones, y también porque las democracias suelen garantizar los derechos sanitarios y educativos, los cuales permiten un crecimiento económico añadido. Sin embargo, los científicos sociales que creen que las democracias no son tan positivas para el crecimiento económico sostienen que los regímenes plurales tienden a ser prisioneros de los intereses electorales de corto plazo, están sujetos a los grupos de presión que financian las campañas electorales, y dependen excesivamente de los medios de comunicación que influyen en el electorado. Su conclusión es que el sesgo cortoplacista hace que el consumo prime sobre la inversión, y que haya comportamientos económicos sub-óptimos por parte del estado.

En el último estudio publicado por Doucouliagos y Ulubasoglu (2007)¹ se hace un recorrido por los últimos 81 estudios publicados sobre la relación entre democracia y crecimiento económico, y las conclusiones principales son las siguientes: 1) las democracias son positivas para el crecimiento económico a largo plazo porque aumentan la acumulación de capital humano - al universalizar la educación; 2) también suelen tener menores tasas de inflación, menor inestabilidad política y mayores grados de libertad económica; 3) a cambio, las democracias suelen tener gobiernos con mayor volumen de gasto público y suelen restringir más el comercio internacional.

En este artículo quiero fijarme, sin embargo, en la cuestión inversa, esto es: en qué medida el crecimiento económico fortalece o debilita a las democracias, sobre todo a la vista de la experiencia reciente de las economías emergentes (las de Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica, países agrupados bajo las siglas BRICS).

Los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica) han crecido a tasas muy superiores a las de las economías occidentales durante las últimas dos décadas. Con crecimientos anuales cercanos al 10% y una población de 1300 millones de habitantes, estimaciones recientes del FMI pronostican que China desbancará a EE.UU. como primera

¹ Deakin University School of Accounting, *Economics and Finance Working Paper Series*, Number 2006/04.

potencia económica mundial en 2016. India, por su parte, superará en breve a Japón en el tercer puesto del ránking mundial, y Brasil crecerá más que Reino Unido y Francia en los próximos años, situándose en la séptima posición de la clasificación de los países más ricos del planeta. Según el estudio *El Mundo en 2050*², realizado por Price Waterhouse Coopers, los 20 primeros puestos del ránking de países por volumen de PIB en paridad de poder de compra estarán ocupados en 2050 por China, India, EE.UU., Brasil, Japón, Rusia, México, Indonesia, Alemania, Reino Unido, Francia, Turquía, Nigeria, Vietnam, Italia, Canadá, Corea del Sur, España, Arabia Saudí y Argentina. Es decir, en apenas 40 años no habrá ningún país europeo en el G7 y la primera potencia mundial será un país que hoy es una dictadura.

En realidad, hoy por hoy es imposible saber cuál será el régimen político de China en 2050, pero no hay razones para pensar que el crecimiento económico que viene experimentando vaya a suponer avances adicionales hacia la democracia. Es cierto que su mayor reto es el de extender el progreso a las amplias capas rurales que aún viven en condiciones de pobreza, así como extender la clase media urbana para que el crecimiento económico descansa también en el consumo interno y no solo en las exportaciones. Puede que la conformación de una clase acomodada más amplia en China termine generando una masa crítica de población que

² http://www.pwc.com/en_GX/gx/world-2050/pdf/world-in-2050-jan-2011.pdf

reclame más libertades y más democracia. Pero también puede que no sea así, sobre todo si el régimen comunista sigue teniendo éxito en tapar con aumentos del bienestar material cualquier reclamación democrática.

En relación con las otras economías emergentes, las cosas no están mucho más claras. En ningún caso el crecimiento económico ha fortalecido firmemente la democracia donde ya existía. Y desde luego, no la ha hecho aflorar en los lugares donde era inexistente. Las democracias de Brasil, India y Suráfrica han sufrido importantes problemas de corrupción. Rusia ha dejado de ser una democracia para convertirse en un régimen híbrido, y China únicamente ha aceptado comenzar a hablar de derechos humanos con la Comunidad Internacional cuando a mediados del pasado año obtuvo las primeras garantías de que, si avanzaba por ese camino, terminaría siendo reconocida por todos como una economía de mercado, algo que necesita para integrarse plenamente en la Organización Mundial del Comercio.

El crecimiento económico en Brasil ha logrado incrementar la clase media en 58 millones de personas y ha sacado de la extrema pobreza a otros 25 millones de ciudadanos en los últimos 10 años. La corrupción, sin embargo, ha mantenido en jaque al sistema político y estuvo a punto de tumbar al gobierno de Lula da Silva al comienzo de su segundo mandato. Actualmente, la presidenta Rousseff libra una importante batalla por erradicar cualquier signo de

corrupción gubernamental, incluso a coste de desprenderse de cualquier colaborador cercano. No en vano, dos ministros de su gabinete se vieron forzados a dimitir en verano, aunque el problema va más allá de los altos cargos y se ha extendido a los funcionarios públicos y a la judicatura, como vienen denunciando las plataformas ciudadanas contra la corrupción que se han manifestado en las últimas semanas en las ciudades más importantes del país.

En India, las últimas informaciones públicas han obligado al gobierno a reaccionar, pero la magnitud del problema parece enorme. Los escándalos más conocidos tienen que ver con la desaparición de miles de millones de dólares en la organización de los juegos de la Commonwealth, con el desvío de subsidios para pobres de la región de Uttar Pradesh, y con la desaparición de buena parte de los ingresos provenientes de las últimas concesiones de licencias de telefonía móvil. El gobierno ha arrestado al ministro que concedió estas licencias y la policía interroga al director de los juegos de la Commonwealth. Sin embargo, la corrupción de grado medio no cesa de extenderse por todas las regiones, dado que la descentralización del gasto público hace que las cuantiosísimas inversiones en nuevas infraestructuras, en virtud del desarrollo imparable del país, se otorguen a través de oscuros procesos que permiten a los caciques de cada región desarrollar redes clientelares.

Los casos de corrupción en Suráfrica también han ido creciendo en paralelo al proceso de avance económico y tienen relación con la obligada transferencia del poder empresarial de blancos a negros, en virtud de la Ley de *Black Empowerment*, ley que, en algunos casos, se ha visto terriblemente distorsionada en su aplicación. Las comisiones en torno a la pasada Copa del Mundo de fútbol, el escándalo por los negocios armamentísticos del ex-ministro de Defensa y las dudas surgidas en torno a las nuevas plantas energéticas (de carbón y nuclear) a las afueras de Johannesburgo, son algunos de los ejemplos que explican las razones por las que el país africano no para de retroceder en los índices internacionales de calidad democrática y corrupción.

La situación de Rusia es aún peor. Por un lado sufre la extensión de las mafias y la mezcla creciente de intereses económicos y políticos en todos los sectores productivos del país; por otro, se asiste a la desaparición de las diferencias partidistas y a la consolidación de un partido único que se perpetúa a través de elecciones sin competencia. En el curso de los últimos once años el campo político de Rusia se ha estrechado, la cantidad de jugadores se ha reducido y los que continúan son cada vez más sumisos al poder, ya que el partido *Rusia Unida* de Putin y Medvedev (que se alternan en la candidatura a la presidencia) no tolera la competencia. Como consecuencia,

las barreras administrativas que regulan la creación y el mantenimiento de los partidos políticos han aumentado, el umbral de representación mínimo para entrar en la Duma estatal se ha elevado hasta el 7% y el procedimiento electoral está cada vez más controlado, hasta el punto de que se ha eliminado el número mínimo de votos para dar por válidos unos comicios, y se ha expulsado a los observadores internacionales.

De hecho, Rusia es el país que primero se menciona en la reciente literatura sobre regímenes híbridos. De acuerdo con Diamond (2002)³, en este tipo de regímenes hay elecciones con un partido hegemónico y donde la competencia electoral está radicalmente limitada (por el control de los procedimientos electorales y/o por el control de los medios de comunicación) y donde la oposición no tiene capacidad real de plantar cara electoral al gobierno del partido más fuerte. Además, en los regímenes híbridos los derechos a la libertad de expresión y asociación, que son básicos en una democracia, están seriamente dañados. Aparte de Rusia, otros países con régimen híbrido son Venezuela, Ucrania, Nigeria, Indonesia y Turquía.

En definitiva, parece que el crecimiento económico en absoluto ayuda a las nuevas potencias emergentes a

³ Larry Diamond (2002): "Elections without Democracy: Thinking about Hybrid Regimes". *Journal of Democracy*, Vol. 13(2).

consolidar sus regímenes democráticos. Donde ya había democracias, éstas están perdiendo calidad debido a la extensión de la corrupción (como en Brasil, India o Suráfrica), y donde no las había las elecciones sirven, como mucho, para consolidar un sistema de partido único (como en Rusia); o bien ni siquiera han llegado a tener lugar (como en China).

En todo caso, parece que durante los próximos años tendremos que convivir con potencias económicas que no tienen democracias perfectas, lo que supondrá desde luego un nuevo reto para las relaciones internacionales del futuro. Cualquier intento de avance en nuevos mecanismos de gobernanza internacional tendrá que acomodar a actores con diversos grados de calidad democrática, y esto es algo de lo que, hasta ahora, no ha habido ningún precedente.

AMY MARTIN